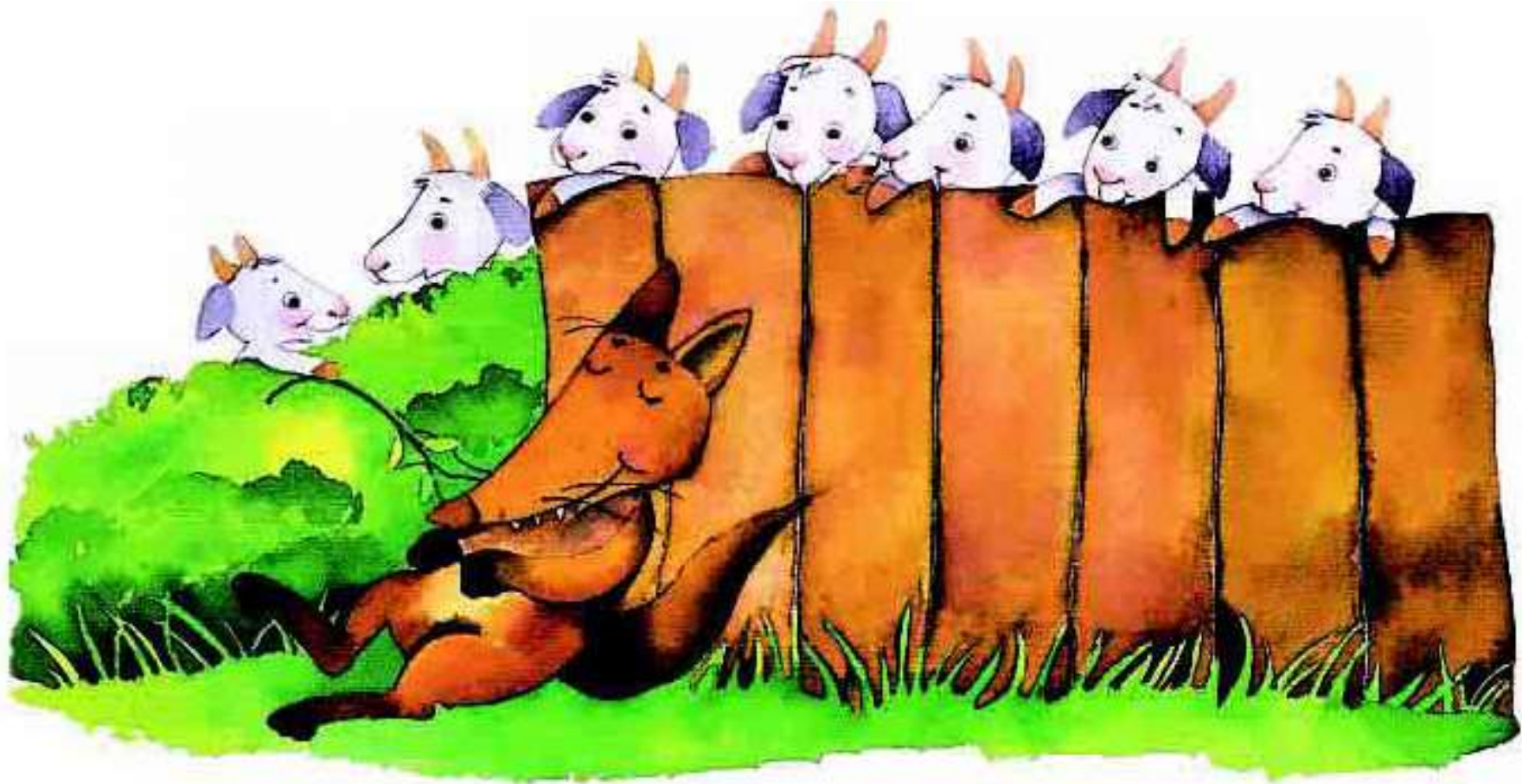


38

El lobo y las cabritas



Un día, la mamá cabra tuvo que salir a comprar comida y les dijo a sus hijas: —No le abran la puerta a nadie más que a mí. Tengan mucho cuidado con el lobo.

Poco después de haberse ido la mamá cabra, el lobo se acercó a la casa de las cabritas y tocó la puerta.



—¿Quién es? —preguntaron las cabritas.
—Soy yo, su mamá. Abran
la puerta —contestó el lobo, tratando
de imitar la voz de la mamá cabra.

La más pequeña de las cabritas,
que era la más lista, le dijo:
—Nuestra madre tiene la voz más
dulce. Tú eres el lobo.



Después de un rato, el lobo volvió a tocar la puerta y esta vez le salió la voz más dulce, pero la cabrita más pequeña no confió, abrió un poco la puerta y dijo: —Enséñanos una pata por la rendija.

Al ver la pata negra del lobo, las cabritas cerraron la puerta gritando: —¡Tú no eres nuestra madre! ¡Ella tiene las patas blancas!



El lobo corrió en busca de harina para blanquearse la pata, pero en su carrera cayó al río y empezó a hundirse.
—¡Auxilio! ¡Sáquenme de aquí!
¡No sé nadar! —gritaba.

La mamá cabra, que en ese momento llegaba, le dijo:
—Te sacaremos si prometes no tratar de comernos.
El lobo lo prometió.



La mamá cabra y las cabritas le tiraron una cuerda. Jalaban y jalaban hasta que el lobo estuvo a salvo.

—¡Muchas gracias! —dijo el lobo—. Me salvaron la vida.

La mamá cabra felicitó a las cabritas por ser tan precavidas y regresaron a su casa felices de estar otra vez juntas.

